

EL FIN DE UN SISTEMA: EL *IMĀM* HUSSEIN Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

HERNÁN G. H. TABOADA

Cuadernos Americanos, UNAM

Durante siglos, la región de Heyaz había conservado una estructura política y social peculiar, que otorgaba a un sector de los jerifes (descendientes del Profeta), encabezados por el *imām* de Meca, una notable independencia en el manejo de su política interna y de los vastos recursos que reunían (provenientes de la peregrinación a Meca y Medina, del comercio y de cuantiosas donaciones en todo el islam).¹ En el siglo XIX hubo cambios estructurales; sobre todo, el final de su relativo aislamiento, derivado de las dificultades de la navegación por el Mar Rojo y del paso de las caravanas, y que terminó gracias a innovaciones técnicas como la navegación de vapor o la apertura del Canal de Suez; todo ello originó una mayor injerencia del gobierno otomano y de las potencias europeas, sin disminuir empero la posición de los jerifes, que a comienzos del siglo XX habían logrado restablecer el equilibrio tradicional entre una gran autonomía interna e importantes fuentes de ayuda exterior. La llegada al poder de los Jóvenes Turcos (1908), que coincidió accidentalmente con el nombramiento del *imām* Hussein, pareció al principio representar un peligro para tal equilibrio, pero los Jóvenes Turcos no tuvieron fuerza, y se vieron enfrentados a demasiados fracasos externos: desde el comienzo empezaron a perder territorios como no había sucedido bajo el viejo autócrata Abdul Hamid II, y se enfrentaron a la rebelión armenia. Si la desaparición del Imperio otomano

¹ Véase, sobre la historia de Heyaz, Christiaan Snouck Hurgronje, *Mekka*, Haag: Martinus Nijhoff, 1888; Gerald de Gaury, *Rulers of Mecca*, Londres, Harrap, 1951; James Morris, *The Hashemite kings*, Londres, Farber & Farber, 1959.

es atribuible a la desafortunada elección que los Jóvenes Turcos hicieron en la Primera Guerra Mundial, una elección igualmente desafortunada de los gobernantes de Meca fue lo que terminó con un estado de cosas que se remontaba a los primeros siglos de la historia islámica.

El *imām* ante la guerra

Teatro secundario de la guerra, Heyaz podía haber salido de ella, como el Yemen de Yahya, o el Nayd de Ibn Saud, sin grandes cambios en la estructura de poder. La primera estrategia de los jefes fue la pasividad, secularmente probada. Heyaz era extraordinariamente vulnerable ante otomanos y británicos, quienes ejercían el habitual control sobre los envíos de dinero y víveres y sobre el flujo de peregrinos. Los puertos heyazíes, con fortificaciones ridículas, eran sumamente vulnerables; el corte de los envíos de granos y arroz de Egipto e India significaba hambre; una interrupción de las peregrinaciones que partían de los territorios coloniales de Francia e Inglaterra era aun más ruinoso que las medidas del gobierno de Estambul.

En estas condiciones, el *imām* intentó durante algún tiempo un camino intermedio, por el cual se obedecían en lo indispensable las órdenes de Estambul y al mismo tiempo se buscaba evitar la cólera inglesa; se logró así que fueran tolerados los envíos de granos y los puertos heyazíes fueran librados de bombardeos. Esta política de equilibrio fue abandonada cuando el *imām* aceptó, en un alejamiento radical de la política heyazí, una alianza con sectores extranjeros ya contactados antes de la guerra: las sociedades nacionalistas árabes y la Oficina inglesa en El Cairo. Iniciaba así la Revuelta Árabe, cuyo tratamiento requiere de una serie de consideraciones previas.

Europeos y guerra en Arabia

La penetración alemana en Arabia era embrionaria cuando estalló el conflicto. La amistad turcoalemana y sus logros, como

el proyecto del ferrocarril de Bagdad, las colonias alemanas en Siria o la expansión de la Deutsche Orient Bank, habían llevado a cierta presencia de los imperios centrales en Arabia: asesoramiento militar y técnico, que incluyó la dirección de Meissner Bajá para el Ferrocarril Heyazí (1900-1908), alguna explotación de petróleo o fosfatos en el Mar Rojo, la actuación de exploradores como el alemán Cari Raswan o el checo Alois Musil. Sin embargo, cuando estalló la guerra los alemanes apenas asomaban a la región: en Yemen, sus intereses estaban en manos del cónsul italiano, aun cuando Italia se inclinaba cada vez más hacia la *Entente*.² Se utilizaron hombres valiosos, pero no siempre adecuados para la tarea: el barón Max von Oppenheim desde Estambul o el etnólogo Leo Frobenius, quien pasó por Yedda poco antes de T. E. Lawrence. Algunos planes esbozados durante la guerra revelan inexperiencia y falta de un apoyo firme: un burdo proyecto de ataque a la posición francesa en Somalia, para el cual no se encontró nada mejor que apelar al espíritu patriótico de la esposa alsaciana del aventurero y novelista francés Henry de Monfreid, y que llevó a la rápida captura de sus agentes, von Holz y el austriaco Kermelich.³

Mejor organizada estuvo la misión von Stotzingen,⁴ que debía conectar por telégrafo las provincias árabes con el África oriental alemana. Como objetivo secundario figuraba la creación de un periódico en Heyaz, esto tendría posibilidad ya que Von Stotzingen sabía árabe, así como su ayudante Karl Neufeld, que había sido prisionero del *Mabdi* durante doce años y se casó en el curso de la expedición con una beduina; un árabe los acompañaba, y contaban con cierta cantidad de dinero, en oro y táleros de María Teresa. Aunque fue recibida afablemente en la Meca por Feisal, el hijo de Hussein, la misión se vio obstaculizada por las sospechas de los mismos turcos, los ataques beduinos y por fin el estallido de la Revuelta Árabe, por lo que tuvo que regresar en junio de 1916.

² H. von, Mucke, *L'équipage de l'Ayesha; aventures des rescapés de l'Emden*, cap. xi, trad. fr., París, Payot, 1929.

³ Henry de Monfreid, *Aventures de mer*, París, Grasset, 1932, p. 264.

⁴ Sobre la misión von Stotzingen, Waugh Telford, "The German Counter to Revolt in the Desert", *Journal of the Royal Central Asiatic Society*, 24 (1937), que traduce un artículo del *Orient Rundschau* de Berlín, pp. 313-314.

A esta inexperiencia en el área de los agentes austroalemanes se aunaba la hostilidad de los turcos y árabes, supuestos aliados. Esto se ve en la aventura de algunos marinos, víctimas de la guerra naval, que lograban alcanzar las playas de Arabia: en marzo de 1915 el capitán von Möller fue asesinado por los árabes bajo los muros de Lith, junto con cinco de sus marineros.⁵ Poco después tuvo lugar la aventura de los marinos del *Emden*;⁶ provenientes de la isla de Keeling, en el extremo índico, el capitán y los marinos de este barco alemán pudieron llegar ocultamente, gracias a su valentía y recursos, hasta Hodeida, y de ahí se acercaron a Yedda para reunirse con las tropas turcas (abril de 1915); el recelo constante, las emboscadas y los tiroteos de parte de los turcos en Yemen como de los beduinos y los jerifes, todo ello los obligó a alcanzar Siria en forma de fuga.

Los italianos y los franceses tuvieron interés y posibilidad de acción sólo en algunas regiones. Los primeros en Yemen, los segundos en la costa africana. Nuevamente nos son útiles los relatos autobiográficos de Henry de Monfreid, quien recorrió el Mar Rojo en esos años. Los gobernadores de Yibuti, ignorantes del país y sus costumbres, se limitan a mantener el *statu quo*; su principal enemigo son los ingleses, quienes se preocupan muy poco por las alianzas establecidas en Europa y controlan con severidad las naves francesas. En Heyaz fue fuerte la rivalidad francoinglesa, que trasunta en expresiones mutuamente malquerientes de Lawrence y del coronel Brémond. Los rusos al parecer tuvieron algunos intereses en Etiopía, justificados por una presunta identidad confesional, y que llevaron a la presencia de una fuerte colonia rusa. La aparición de rusos blancos como aviadores y chóferes al servicio de los haxemíes, después de la guerra, y la temprana presencia diplomática soviética en Arabia sugieren que existían lazos tradicionales.

Los únicos competidores fuertes en Arabia eran los otomanos y los ingleses.

⁵ Von Mucke, *L'équipage de l'Ayesha*, p. 179, n. 1.

⁶ La aventura del *Emden* es relatada por su capitán H. von Mucke, con variadas noticias sobre la situación árabe del momento, von Mucke, *L'équipage de l'Ayesha*.

Otomanos en Arabia

En 1914 servían en la península unos quince mil soldados turcos⁷ que controlaban guarniciones en las principales ciudades y en las rutas. Aunque habían perdido la importante posición de Hasa,⁸ su superioridad armamentista sobre los árabes era indiscutible y gozaban de variadas alianzas entre bandidos, pequeños señores, una confederación importante como los raxidíes o el *imām* Yahya de Yemen; la comunicación con el centro era posible por el ferrocarril, que siguió funcionando hasta el final de la guerra, a pesar de los sabotajes continuos, gracias a la gran cantidad de material rodante que había sido acumulada en Medina por los alemanes, quienes planeaban continuar la construcción del ferrocarril hacia el sur; el abastecimiento estaba también asegurado por las rutas del desierto, de control difícil, y la complicidad de los jefes beduinos, incluido Ibn Saud.

Si bien las tropas turcas no desplegaron mucha capacidad combativa en las ciudades heyazíes, que fueron rápidamente conquistadas, se revelaron como enemigos respetables. Contaban con un jefe como Fakri Bajá, comandante de la guarnición de Medina, que parece haber conocido el arte de la guerra junto al de la masacre de armenios; Fakri estaba dotado de un fuerte espíritu religioso y, animado por una visión del mismo profeta, rehusó rendirse a pesar de las presiones de enemigos y superiores; sólo después del colapso general de los ejércitos turcos consintió en rendirse con 456 oficiales y 34 cañones: no quiso entregar su espada, que depositó sobre la tumba del profeta.⁹ También contaba la puerta con un aventurero como Exref Bey,

⁷ Saleh Muhammad al-Amr, *The Hijaz under Ottoman Rule 1869-1914: Ottoman Vali, the Sharif of Mecca, and the Growth of British Influence*, /Riyad/, Riyad University Publications, 1978, p. 93; M. Larcher, *La Guerre turque dans la Guerre Mondiale*, préf. Franchet d'Esperey, Paris, Chiron-Berger-Levrault, 1926, p. 491, habla de 23 000 hombres.

⁸ Gary Troeller, *The Birth of Saudi Arabia; Britain and the Rise of the House of Sa'ud*, Londres, Frank Cass, 1976, p. 102; Daniel Silberfarb, "The Anglo-Najd treaty of 1915", *Middle Eastern Studies*, 16 (1980), pp. 167-177, 175; Frederick F. Anscombe, *The Ottoman Gulf: the Creation of Kuwait, Saudi Arabia, and Qatar*, Nueva York, Columbia University Press, 1997.

⁹ Sobre la defensa de Medina, A. L. Tibawi, "The last knight of the last Caliph", *Islamic Quarterly*, vol. 15 (1971), pp. 159-163; S. Tanvir Wasti, "The Defence of Medina, 1916-1919", *Middle Eastern Studies*, vol. 27 (1991).

bandido y revolucionario famoso por sus hazañas, que fue capturado por Abdallah cuando se dirigía con armas, correspondencia y dinero a Yemen.¹⁰ Además, los turcos eran temibles porque usaban métodos brutales y en general mostraron un absoluto desprecio hacia las tradiciones relativas a las ciudades santas, como se tradujo en el bombardeo de Meca.

La posición de Gran Bretaña en Arabia

Los objetivos tradicionales ingleses en la zona eran la seguridad en el Golfo Pérsico y en el Mar Rojo; el primero era la ruta hacia los pozos petroleros del sur de Irán, el segundo la yugular entre la India y Europa, ahora con una importancia nueva, por el envío de las tropas indias y australiano-neozelandesas destinadas al frente europeo. El gobierno indio, con una experiencia secular en las relaciones con el Golfo, ordenó despachar una expedición que ocupó Fao y Basra (noviembre de 1914); frente a las fuerzas locales, los pequeños sultanes o Ibn Saud, el gobierno indio siguió su política, análoga a la turca, de subsidios, tratados parciales y ninguna interferencia directa.¹¹

En el otro extremo de Arabia, el gobierno inglés no consideraba muy importante Heyaz. Tras unos meses de guerra, vio la poca utilidad que tenía para sus enemigos: en Egipto había suficiente número de tropas como para rechazar cualquier ataque frontal, y una flota respetable, además, no se veía al Mar Rojo como un flanco peligroso: turcos y alemanes, si bien podían mantenerse a la defensiva en tierra, no osaban asomarse al mar. Los barcos ingleses que lo patrullaban eran a veces viejos, sus tripulaciones desembarcaban en Arabia para almorzar y mantenían alguna comunicación pacífica con los puertos del sur.¹² No se consideraba un desembarco bélico en la costa

¹⁰ T. E. Lawrence, *Seven pillars of Wisdom, a Triumph*, Londres, Jonathan Cape, 1963, p. 159.

¹¹ Sobre la política angloindia durante la guerra y sus diferencias con el F. O., Gary Troeller, "Ibn Sa'ud and Sharif Husain: a comparison in importance in the early years of the First World War", *Historical Journal*, 14, 1971, pp. 627-633; Silberfarb, "The Anglo-Najd treaty of 1915".

¹² Morris, *The Hashemite Kings*, p. 39; von Mucke, *L'équipage de l'Aysha*, pp. 112 y ss.

árabe: el puesto de Aqaba, una guarnición con 350 hombres, representaba alguna molestia como base para colocar minas turcas en el Mar Rojo, pero su importancia no debía ser grande, ya que fue tomado en dos ocasiones por fuerzas inglesas y luego abandonado otra vez a los turcos ante la falta de efectivos para defenderlo;¹³ las tropas turcas en las ciudades de Heyaz mantenían la comunicación con Yemen, que no interrumpió ni la intervención anglofrancesa ni la Revuelta Árabe, continuando hasta el fin de la guerra, gracias a la guarnición turca de Medina, que por alguna razón no se quiso expulsar, y la ya citada complicidad de los jefes del desierto.

La importancia de Heyaz en la guerra

Otomanos e ingleses mantenían alguna atención sobre Arabia, pero esta región no constituía un escenario principal de la guerra; carecía de importancia estratégica o económica, y tampoco podía esperarse de la península un suministro importante de combatientes, ni siquiera de carne de cañón.¹⁴ El valor de sus hombres en una guerra moderna era insignificante; esta verdad fue establecida sin piedad por los críticos de T. E. Lawrence, pero aun la obra de este último permite entrever lo que señalan otros autores: las partidas árabes de Hussein sólo servían para dar pequeñas sorpresas y hacer actos de sabotaje, o para disparar durante todo el día, parapetados tras las rocas, contra una guarnición igualmente parapetada, hasta acabar las municiones. Además, su constancia y fidelidad eran siempre dudosas: la Legión Árabe, antes de su eliminación, inspiró páginas elogiosas del coraje de sus miembros, pero también quejas sobre su falta de cohesión y poca utilidad; los jeques se presentaban entusiastas arrastrando tras de sí a hombres y hasta niños, declaraban siempre un número mayor de combatientes, para recibir dinero y armas en proporción; luego, se retira-

¹³ Suleiman Moussa, *Songe et mensonge de Lawrence*, París, Sindbad, 1973, p. 107.

¹⁴ Críticas a la actuación de los árabes en la guerra, E. Brémond, *Le Hedjaz dans la Guerre Mondiale*, préf. Franchet d'Esperey, Paris, Payot, 1931, pp. 86, 87, 112, 116, 129, n. 3, 142, 157, 200, 260, 184 y ss.; C. E. Vickery, "Arabia and the Heyaz", *Journal of the Central Asiatic Society*, 10 (1923), pp. 51-52.

ban durante las batallas para prepararse café, se dispersaban al primer choque y las deserciones eran frecuentes, de lo que sobran ejemplos: 30% en el camino entre Meca y Yedda, hasta 400 hombres por día en Uey, ante la impunidad que suponía la falta de prisiones. Los jefes de Arabia sirvieron a ambos bandos: ayudaron a las tropas de Kress von Kressenstein en su ataque a Egipto, a los turcos sitiados en Medina, y a los refugiados que salían de esta ciudad y encontraban beduinos dispuestos a alquilarles camellos; el emir Nuri Xaalan, proinglés, tenía un hijo que sólo a último momento abandonó el bando turco, y algunas tribus recibían al mismo tiempo ayuda de ambos lados; la falta de pago por adelantado hacía que se pasaran al enemigo, o que saquearan caravanas para resarcirse; en Yanbo había personalidades que negociaban con los víveres enviados por los ingleses.

Los otomanos vieron desde el comienzo esta realidad. Antes de la Revuelta, Wehib Bey, comandante de la 22^o división de Heyaz, proponía arrestar inmediatamente al *imām* Hussein y evacuar completamente Arabia, para reocuparla tras la guerra; los Jóvenes Turcos rechazaron esta propuesta y la región entró en alguno de los planes iniciales: se veía su utilidad para mantener la comunicación con Yemen y el Índico, para el envío de propaganda panislámica a Sudán y Egipto y para el bloqueo del Mar Rojo, sea mediante ataques navales y submarinos o la colocación de minas desde Aqaba, amenaza ésta que se realizó e hizo subir los precios de los seguros marítimos de 1/2 a 2%.¹⁵ Aun cuando se vio la poca utilidad estratégica de Arabia y se perdieron posiciones en la zona, los turcos se rehusaron a abandonar Medina; según Lawrence, eran víctimas de la astucia inglesa, que los obligaba a inmovilizar tropas y distraer recursos; probablemente la verdadera razón fue la determinación de conservar un pie en uno de los santuarios del islam, tras la pérdida de la Meca en 1916 y de Jerusalén en 1917.

El escaso peso militar de Arabia fue percibido con toda claridad también por los administradores ingleses en India, de gran experiencia en la zona: sus mensualidades a Ibn Saud fue-

¹⁵ Brémond, *Le Hedjaz dans la Guerre Mondiale*, pp. 162, n. 5.

ron poco generosas e interrumpidas cuando su apoyo ya no servía. Esto contrasta con los cuantiosos pagos hechos en el frente occidental: seis millones de libras en total. Una intervención de esta magnitud en un territorio poco importante estratégicamente exige un análisis del plan inglés en Arabia, así como de sus antecedentes y presupuestos.

El plan árabe de los ingleses

La formulación del plan inglés de acción en Arabia era la siguiente: atraer al *imām* de Heyaz, de gran prestigio espiritual en el islam, con la promesa de ponerlo a la cabeza del califato, en sustitución del *padixa*, y de un reino formado por el Arabistán otomano; el esquema lograría el apoyo de los grupos nacionalistas árabes y neutralizaría el llamado otomano al *yihad*.

Este plan conocía varios antecedentes. La acción de Bonaparte en Arabia estuvo influida por su sobrevaloración de la importancia del *imām* de Meca. En 1833-1834, el cónsul inglés Wood, causante de otros malentendidos en las relaciones anglo-árabes, informó de un esquema de Muhammad Ali, apoyado por Francia, para erigir un califato independiente en Arabia, plan del que no hay otra prueba. En 1860 se formuló un proyecto inglés semejante: sugería ofrecer el califato al *imām* como medio de contrarrestar la influencia francesa en Egipto;¹⁶ en las décadas siguientes, se mencionan maniobras parecidas en las cancillerías europeas, en 1911 Guillermo II atribuía el plan del califato árabe a Lord Kitchener, anotando al margen de un telegrama de Kinderlen que aquel contaba con el apoyo de musulmanes indios y egipcios para oponerse al dominio turco¹⁷ y también la prensa islámica denuncia intrigas en este sentido.

La idea de la Revuelta Árabe, pues, gozaba ya de una venerable antigüedad; sin embargo, su formulación resiente numerosos equívocos que la diplomacia europea había acumulado en

¹⁶ Harold Temperley, *England and the Near East; the Crimea*, Londres, Rank Cass, 1964, p. 422.

¹⁷ John Lepsius, Albrecht Mendelssohn Bartholdy & Friedrich Thimne (eds.), *Die grosse Politik der Europäischen Kabinette 1871-1914*, Berlin, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik, 1926, t. 30, pte. 1, pp. 50-51.

su trato con los gobernantes musulmanes, equívocos relativos al poder y prestigio del *imām*, a la naturaleza del califato, del nacionalismo árabe, y del *yihad*.

El prestigio del *imām* de la Meca provenía de su descendencia del Profeta, que era más creíble que la de otras dinastías con igual aspiración. La misma conllevaba respeto hacia las personas de los jerifes, manifestada por el más humilde beduino o por el *padixa*, pero de ninguna manera este respeto redundaba en prestigio político. En el siglo XIX, varios teóricos del panislamismo otorgaron un papel principal a la Meca y a la peregrinación, como aglutinadores de los musulmanes;¹⁸ al-Kawakibi llegó a pensar en un congreso islámico en la Meca, cuyas imaginarias actas redactó haciendo creer a muchos que había tenido lugar. Sin embargo, la opinión tradicional sobre los jerifes era más severa; abundaban los individuos que reclamaban tal título y éste no era universalmente validado por los musulmanes; Ibn Saud declaraba que todos los jeques de Arabia tenían mayores títulos de nobleza que el señor de la Meca,¹⁹ y otros denunciaban su conducta impía e incluso herética.

La versión del nacionalismo árabe que nos ofrecen T. E. Lawrence, George Antonius o K. T. Khairallah está muy influida por su visión de los nacionalismos europeos: un ideario originado en un renacimiento literario, que se organiza en sociedades secretas civiles y militares y lleva a cabo una labor conspirativa; también la extensión del término “árabe” a todos los arabófonos se da por influencia europea. Por ello, toda la visión del nacionalismo árabe que subyace en el plan inglés de la Revuelta está desdibujada: el ideario nacionalista no había alcanzado a principios de la Primera Guerra Mundial formulaciones muy audaces; la mayoría de sus detentores, fuera de la posición extrema de al-Kawakibi y de emigrados árabes de París, Nueva York o Buenos Aires, se conformaban con una exaltación del arabismo y pensaban en la autonomía dentro del Esta-

¹⁸ Mencionan varias de estas opiniones Albert Hourani, *Arabic Thought in the Liberal Age 1789-1939*, Londres, Oxford Univ. Press, 1962, p. 268, y Jacob M. Landau, *The Politics of Pan-Islam; Ideology and Organization*, Oxford, Clarendon Press, 1990, pp. 24, 32, 34-5, 82 etcétera.

¹⁹ Proclama de Ibn Saud, en Edouard Dinet, *Le pèlerinage à la maison sacrée d'Allah / etc.*, París, Hachette, 1930, p. 211; Larcher, *La Guerre turque dans la Guerre Mondiale*, p. 503.

do otomano; en un sistema caracterizado por eternas luchas de poder, el arabismo era utilizado como cobertura ideológica frente a grupos rivales, también árabes, que apoyaban el otomanismo. Confirma lo anterior el hecho de que la Revuelta no tuvo eco fuera de Arabia; sólo se adhirieron a ella algunos oficiales prisioneros y no hubo deserciones ni levantamientos masivos contra los turcos hasta la última etapa, cuando eran evidentes tanto la victoria inglesa como la desintegración otomana.²⁰

Otra interpretación europea influyente fue la relativa al califato. En Europa se le solía ver como una dignidad que se mantenía viva en el islam y estaba detentada por el *padixa*, reconocido como jefe espiritual de todo el islam. Estas afirmaciones no dan cuenta de toda la complejidad relativa a esta dignidad, ya borrosa en la teoría política islámica: hacía parte, pero no como elemento principal, de la titulación otomana; también la usaban otros gobernantes, así como, en distintas regiones islámicas, oficiales menores, maestros y hasta sastres y peluqueros.²¹ Desde hacía unos siglos, el pensamiento político vacilaba en su explicación y en la época moderna se ensayaron nuevas propuestas: hubo quien habló de un califato árabe centrado en el *imām* de Meca, mientras otros pensadores, fuera del círculo de los *ulama*, se dejaron influir por la idea europea del califa-papa. Pero esas no eran de ninguna manera las ideas dominantes. Al final de la guerra, el coronel Brémont vio el peligro que representaba la frecuente mención del califato en la correspondencia europea; nota al respecto que la institución había mostrado no ser indispensable y su experiencia en el servicio colonial marroquí le aconsejaba no atraer hacia el Oriente la atención “de poblaciones acostumbradas a regirse por sí mismas”.²²

²⁰ Expone estas ideas Ernest C. Dawn, *From Ottomanism to Arabism*, Urbana, Univ. of Illinois Press, 1975, en los varios ensayos que componen el volumen.

²¹ La identidad de nombres no implicaba, por supuesto, confusión de funciones.

²² Brémont, *Le Hedjaz dans la Guerre Mondiale*, p. 35; sobre las opiniones decimonónicas respecto al califato, T. W. Arnold, *The Caliphate*, Oxford, Clarendon Press, 1924; art. “Khalifa”, en *Shorter Encyclopedia of Islam*; Hamilton A. R. Gibb, “Some considerations on the Sunni theory of the Caliphate”, en *Studies on the Civilization of Islam*, Princeton, N. J., Princeton Univ. Press, 1962, pp. 141-150.

Por fin, el avance europeo sobre las tierras islámicas había originado varios movimientos de resistencia, que se basaron necesariamente en un llamado religioso; la frecuencia de estas reacciones originó una mayor reflexión sobre el *yihad* en círculos islámicos. En Europa, los movimientos y la reflexión que se originó llevaron a que varias potencias europeas atribuyeran una gran potencialidad al *yihad* como elemento de movilización. En Alemania, las ideas del barón Max von Oppenheim, gran viajero y conocedor de medios islámicos, influyeron directamente sobre el kaiser, a quien los informes del barón entusiasmaron al punto de anotar *gut, richtig*²³ en sus márgenes; ya estallada la guerra, el barón von Wangenheim, embajador alemán en Estambul, dijo a su colega norteamericano Morgenthau que su país confiaba poco en la capacidad militar turca, que su interés principal era la proclamación del *yihad*, con el que se levantaría la población islámica contra ingleses y rusos.²⁴ Académicos como Ignaz Goldziher y Carl H. Becker, o el emperador, también apoyaban la *yihad*, mientras que los militares se mostraban escépticos. La idea continuó durante la guerra con la fundación del periódico *al-Yihad*, editado por los alemanes en árabe y otras lenguas como elemento de propaganda en los campos de concentración en los que reunían a musulmanes.²⁵ Del otro bando, tuvo mucho peso la opinión de oficiales ingleses que habían conocido en Sudán la potencialidad de la movilización religiosa; a diferencia de los oficiales en servicio en la India, éstos mostraron gran preocupación por lograr que el *imām* de la Meca no endosara el *yihad*.

Los temores y las esperanzas parecen infundados; los europeos habían experimentado el poder de la *yihad* en regiones muy peculiares: Sudán, Tripolitania, el Cáucaso, Acheh, donde poblaciones primitivas y de (re)islamización reciente se vieron enfrentadas a una invasión europea masiva. Al parecer, los musulmanes no compartían su optimismo: cuando en fue emitida una extraña proclama,²⁶ el embajador norteamericano Mor-

²³ Landau, *The Politics of Pan-Islam*, p. 97.

²⁴ Henry Morgenthau, *Mémoires de l'ambassadeur Morgenthau*, trad. fr., París, Payot, 1919, p. 149.

²⁵ Peter Heine, "Al-Gihad-eine Deutsche Propagandazeitung im I. Weltkrieg", *Welt des Islams*, n. s., vol. 20, n. 3-4 (1980), pp. 197-199.

²⁶ Traducción en Larcher, *La Guerre turque dans la Guerre Mondiale*, pp. 45-47.

genthau cuenta cómo sus temores ante posibles masacres de extranjeros fueron recibidas con la más perfecta calma por Enver Bajá, sabedor del poco eco que la proclamación de la guerra santa iba a suscitar.²⁷

Del otro lado, Hussein rehusó llamar a la *yihad*, resistiendo a solicitudes tanto turcas como inglesas; Lawrence explica esta actitud por la presencia de cristianos y musulmanes en ambos bandos, pero probablemente se deba a que el *imām* conocía su mundo más que los europeos.

La actuación del plan

De esta forma, varias ideas inexactas habían circulado por los gabinetes europeos durante décadas y originado proyectos acerca de un levantamiento nacional árabe dirigido contra los turcos y encabezado por el califa de la Meca. Tales proyectos nunca habían trascendido, y apenas hay noticia de un eco árabe a los mismos, fuera de ciertos círculos muy influidos por Europa: Anne Blunt menciona haber oído esquemas de un califato en manos del jerife de boca de un embajador persa, armenio cristiano, y de un periodista cristiano católico, que al parecer recibía dinero del exiliado jedive Ismail; éste sostenía ideas semejantes desde un periódico cuya sede estaba en Nápoles. Nada prueba que existiera un ideario muy difundido.²⁸

Tampoco el Foreign Office se mostró entusiasta (aunque al parecer aceptaba las suposiciones incorrectas del plan) ya que se prefería mantener las buenas relaciones con la Puerta; en la primera década del siglo XX, el acercamiento turco-germano pareció sentar las bases para un cambio, pero la experiencia india hacía que los ingleses recelaran de los movimientos nacionales islámicos: ante la noticia de un congreso de gobernantes árabes en Kuwait, que podría ser germen de un movimiento nacionalista árabe dirigido contra la Puerta, Louis Mallet escribió a Grey preocupado por el efecto que una “destrucción del califato” podría tener sobre los musulmanes in-

²⁷ *Mémoires de l'ambassadeur Morgenthau*, p. 156.

²⁸ Hourani, *Arabic thought in the Liberal Age*, p. 268.

dios.²⁹ Kitchener rechazó los ofrecimientos de Abdallah en este sentido y se preocupó por dejar bien asentado en el Foreign Office que de ninguna manera había alentado al *imām*. Sólo la guerra y la alianza de Estambul con los imperios centrales llevaron al acercamiento con el gobierno de la Meca; sin embargo, este primer acercamiento, obra de Kitchener (octubre 1914), era sólo una invitación a los “árabes de Heyaz”, contra la invasión turca. Hubo que esperar al año siguiente para que algunos sectores revivieran e impusieran paulatinamente el plan de la Revuelta Árabe.

Todavía en 1914 Heyaz era una región desconocida: el manual que para uso militar redactó entonces David Hogarth es una recopilación de noticias de los relatos clásicos de viajes, algunos ya centenarios; ni siquiera se sabía cómo redactar la correspondencia con el *imām* de la Meca, por lo que las cartas de MacMahon salieron repletas de formulismos turcopersas poco usados;³⁰ los políticos y militares de El Cairo, a diferencia de los de la India, conocían poco Arabia, pero constituían otro de los centros de decisiones cuya variedad en la diplomacia inglesa llevaba a contradicciones, que las urgencias de la guerra multiplicaban, y a la posibilidad de múltiples influencias. Estos hechos ayudan a explicar por qué pudo resucitarse un plan tan débilmente fundamentado, relativo a una región de poco interés estratégico y que significó gastos desproporcionados y promesas que no se mantuvieron. Después de la guerra se habló de la “ignorancia y fervor mal aplicado” de los dirigentes de El Cairo, asesorados por un conjunto de autodesignados expertos, entre los cuales los más prominentes eran arqueólogos y viajeros sin gran experiencia política,³¹ y llevados más allá de sus intenciones por figuras controvertidas como el desertor iraquí Muhammad al-Faruki³² o T. E. Lawrence.

²⁹ Carta de L. Mallet a Lord Grey, en G. P. Gooch & Harold Temperley (eds.), *British Documents on the Origins of the War 1898-1914*, Londres, Foreign Office, 1926-1938, vol. X, pte. 2.

³⁰ George Antonius, *The Arab awakening*, Filadelfia, J. B. Lippincott, 1939, p. 168.

³¹ N. Zeine, *The Struggle for Arab Independence*, Beirut, Khayats, 1960.

³² Eliezer Tauber, “The role of Lieutenant Muhammad Sharif al-Faruqi: new light on Anglo-Arab relations during the First World War”, *Asian and African Studies / Jerusalén*, 24 (1990), pp. 17-50.

Del lado de los musulmanes, los gobernantes siempre habían visto, con más astucia, que las ideas del Foreign Office se ajustaban poco a la realidad, pero que era posible aprovechar su persistencia en las mentes europeas. De este modo, los sultanes de Estambul presentaron el título califal y las pretensiones a una jefatura universal islámica como elemento de negociación ante los europeos; aun tras sus derrotas militares, conservaron por tratado una supervisión religiosa en Bosnia, Libia y Bulgaria.³³ El *yihad* también fue utilizado en este sentido: Abdul Hamid podía alertar al embajador inglés durante las Guerras Balcánicas que, aunque hasta el momento no se había desatado una Cruzada, ésta podría suscitarse el día de mañana, con lo cual el mundo occidental y especialmente el Imperio británico deberían de temer. Elementos negociadores semejantes eran los temores expresados de fomento europeo a las actividades de los nacionalistas árabes; éstos, por su parte, habían ocultado las feroces peleas localistas habidas en el Congreso reunido en París en 1913 y emitido un manifiesto, en francés, lleno de propósitos razonables.³⁴

En 1916, el *imām* y sus hijos siguieron la misma táctica; su correspondencia con los europeos muestra que habían entendido los supuestos ocasionados por éstos y empleaban sus mismos términos; hablaban de la nación árabe y de la instauración de un califato. Se trataba de un discurso para los ingleses, un análisis de las ideas políticas de los dirigentes mequíes muestra que en su universo mental esta fraseología resultaba extraña.

La ideología de Hussein³⁵

No existía en el círculo del *imām* un gran entusiasmo nacionalista; un hijo de Hussein era de madre turca y mantuvo una actitud reservada; muchos haxemíes conservaban fuertes lazos

³³ Arnold, *The Caliphate*.

³⁴ Relata estas peleas Sylvia G. Haim, "The Arab awakening, a source for the historian?", *Welt des Islams*, n. s., vol. 2, pp. 237-250. El manifiesto en Gooch & Temperley, *British Documents on the Origins of the War*, vol. X, pte. 2.

³⁵ Dawn, *From Ottomanism to Arabism*.

con la Puerta y eran de cultura turca; el mismo Hussein tenía, además de una esposa turca, un conocimiento deficiente del árabe, que escribía incorrectamente, o por lo menos su prosa estaba repleta de modismos turcopersas que la hacían a ratos ilegible para el común de los lectores de su época; su proclama, hostile al Comité de Unión y Progreso, se esmera en aclarar que los jerifes siempre fueron los primeros en reconocer a los sultanes otomanos “(que el polvo de sus tumbas sea bendito y el Paraíso su demora)”, observaron sus leyes y apoyaron sus expediciones militares; también Abdallah muestra en sus *Memorias* aprecio a la figura de Abdul Hamid, quien no hizo matar a nadie, asegura, a diferencia de los Jóvenes Turcos.³⁶

El rechazo hacia el gobierno turco se apoyaba en concepciones extremadamente conservadoras. La proclama de Hussein, de acuerdo con la teoría clásica sunní, veía la *Ummah* islámica, no la nación árabe, como el elemento sustantivo; el gobierno turco era culpable por haberse apartado de la *xariab*: las leyes de la herencia favorables a las mujeres, el alojamiento de las normas relativas al Ramadán en el ejército, los cambios en las leyes sobre pruebas, eran innovaciones condenables; ideas semejantes expresa la proclama de los *ulama* de Meca: el Comité de Unión y Progreso es el gran pervertidor de las costumbres, quien lo dude, que vaya a Estambul y verá con sus ojos a mujeres musulmanes expuestas sin velo ante la mirada de los extraños. Abdallah se mostró incapaz de tolerar el comunismo, en la continuación de sus *Memorias* escritas muchos años después, pero revelaba ideas más acordes con la época: deben adoptarse las leyes modernas, opinaba, y luego se encontrará en el Corán alguna razón para justificarlas; veía la excelencia de la nación árabe y probablemente se deba a su iniciativa el discurso que hallamos en la correspondencia jerifial con los ingleses y en los titulares de *al-Qibla*, el periódico oficial heyazí; se habla ahí de la nación árabe y de los derechos de los armenios, cuestión nacional por encima de toda cuestión religiosa; sin em-

³⁶ Abdullah, *Memoirs of King Abdullah of Transjordan*, P. P. Graves (ed.), Londres, Jonathan Cape, 1950, cap. 3; proclama de Hussein y los *ulama* en Charles Horne & Walter F. Austin (eds.), *Source Records for the Great War*, Estados Unidos/National Alumni, 1923, pp. 234-255.

bargo, no llegó a adherirse a las ideas extremas de al-Kawakibi, para quien el factor nacional domina al religioso.

En la cuestión del califato, las manifestaciones para uso interno son más cautas que las dirigidas a MacMahon: la declaración de los *ulama* de Meca dejaba la cuestión para una solución futura; a principios de 1918, el periódico oficial aclararía que el *imām* renunciaba al califato.³⁷

El carácter de la Revuelta Árabe

La Revuelta Árabe aparece como la última jugada del *imām* para mantener el *statu quo* secular; su alianza con los movimientos nacionalistas árabes fue puramente táctica; sus hijos, que se adhirieron más estrechamente a ésta, le desobedecieron cada vez más, a medida que el avance hacia el norte y nuevas componendas con los grupos locales de poder cambiaban la situación. Se trataba de eliminar la tradicional protección imperial egipcia u otomana y sustituirla por la protección inglesa, que se mantendría a raya mediante el apoyo que el islam brindaría a su centro religioso, mientras que las nuevas provincias árabes suministrarían la base económica de la que carecía Heyaz. Las cartas de Hussein a Mac Mahon, tras una rápida alusión a la instalación del califato, se ocupan de este asunto principal: la fijación de las fronteras del futuro Estado árabe. No había la intención de introducir cambios en la estructura social y política: al ser un gobernante muy autoritario y conservador, Hussein solicitó se tuvieran en cuenta, para cualquier ordenamiento futuro, las distintas condiciones que regían en las otras provincias y en Heyaz. Las reformas aquí introducidas fueron mínimas —alguna fiscalización del comercio de esclavos y de los abusos contra los peregrinos— y la eliminación del sistema escolar turco llevó a su sustitución por otro de tres niveles, exclusivo para varones y en el que faltaba la enseñanza de lenguas extranjeras y destacaba la del islam.³⁸

³⁷ Brémond, *Le Hedjaz dans la Guerre Mondiale*, p. 256.

³⁸ Jamal Alami, "Education in the Hijaz under Turkish and Sharifian rule", *Islamic Quarterly*, vol. 19 (1975), pp. 42-47.

La Revuelta fue un asunto dinástico, la apoyaron los jerifes y los beduinos, que vieron una fuente inesperada de ganancias. La guerra arrojó mucho dinero a Heyaz; ensayando el vocabulario que desplegaría años más tarde en su *magnum opus*, A. Toynbee señala cómo, con la desconfianza instintiva de los bárbaros hacia las cosas de la civilización (plenamente justificada en este caso), los árabes de los dos bandos exigían pagos en oro y al contado; los ingleses intentaron recuperar algo de este oro al introducir manufacturas indias en Arabia, con poco éxito, ya que ahí se prefería emplear las monedas como adorno para los vestidos o los mangos de los puñales.³⁹ Por algún tiempo, el dinero corrió libremente en Arabia y se podía derrocharlo: los beduinos que rodeaban a Lawrence vestían espléndidamente, se mostraban insolentes hacia los ingleses e incluso comían todos los días; Brémond vio a uno que pagó una esterlina por una cajetilla de fósforos y rechazó el cambio; los precios aumentaron, la esterlina se convirtió en la unidad monetaria y el valor de la rupia cayó.⁴⁰ La popularidad de Feisal y Abdallah entre los beduinos, que los siguió hasta sus reinos iraquí y jordano, se debe a su educación en el desierto, pero también a esta prosperidad de la época de la guerra.

Por el contrario, la Revuelta contó con poca participación de los ciudadanos de Heyaz; éstos, de variado origen, tenían motivos para añorar el gobierno turco; en el centro del islam, beneficiado tradicionalmente por las donaciones de la Puerta e ignorante de la realidad europea, el poder de Estambul parecía invencible, se consideraba al *padixa* como “amo del mundo”, al que estaban sometidos los seis sultanes infieles;⁴¹ la alianza con los europeos fue objeto de escándalo en varias regiones islámicas, sobre todo en la India, y el escándalo tuvo eco en Heyaz. Además, la burocracia había sido reducida y muchos habían perdido sus puestos; la experiencia que tenía Hussein de la administración pública otomana le había enseñado que cualquier burocracia, por mejor pagada que estuviera, siempre

³⁹ Arnold J. Toynbee, *Survey of International Affairs*, Londres, Oxford Univ. Press, 1927, t. I., pp. 273, 274, n. 1, 283.

⁴⁰ Brémond, *Le Hedjaz dans la Guerre Mondiale*, pp. 87, 162, n. 1, 275.

⁴¹ De Gaury, *Rulers of Mecca*, p. 264.

buscaría ganancias ilícitas, por lo que era inútil conceder sueldos altos. En cuanto a los comerciantes, el *imām* pensaba que siempre evadían impuestos y, aunque no los evadieran, su monto era devorado por los funcionarios, por lo que consideraba más efectivos los saqueos periódicos a los comerciantes, que en gran número se fueron o redujeron al mínimo sus negocios;⁴² el Código Civil otomano había perdido vigencia y con ello se había originado confusión; además la Revuelta contaba, para disgusto de los ciudadanos, con la adhesión de los beduinos. Entre los heyazíes parece haber dominado una posición acomodaticia como la de Sayid Muhammad al-Tayil, director de Aduanas de Yedda, que traspasó sucesivamente su fidelidad de los turcos a Hussein y de éste a Ibn Saud;⁴³ en Medina, la población apoyó a los turcos, en Ma'an también: el ferrocarril había hecho crecer ambas ciudades en habitantes y actividad edilicia y el antiguo santuario alejado de Medina amenazaba con superar a la Meca; también otras ciudades tocadas por el ferrocarril, como Tabuk y al-Ula se habían beneficiado y la interrupción del servicio las perjudicaba. Es posible que hayan compartido tal actitud los pocos cultivadores de los oasis, como el solitario habitante de Kurr, que sólo vio en la Revuelta ocasión para vender verduras a Lawrence y sus hombres.⁴⁴

La adhesión del *imām* y sus hijos no fue en ningún momento sólida, y durante toda la guerra mostraron su ambigüedad acostumbrada: cuando aún pertenecían al bando turco, se rehusaron a prestar ayuda a la tripulación del *Emden*; el estallido de la Revuelta sorprendió a los dirigentes turcos Enver y Yemal en Heyaz, y sin embargo, no fueron apresados, argumentando el *imām* que los deberes de la hospitalidad se lo impedían, y los dejó que se refugiaron en Medina; la mención del nombre del sultán en la *jotba* de los viernes se mantuvo hasta 1917 o 1918. La correspondencia entre Feisal y los turcos continuó durante la guerra: Lawrence asegura que era para ahondar las brechas entre elementos clericales y nacionales, pro y antigermanos; es posible que su juego fuera menos sutil y honrado: el

⁴² H. St. John Philby, "The recent history of the Hijaz", *Journal of the Royal Central Asiatic Society*, 12 (1925), pp. 339 y ss.

⁴³ *Ibid.*, pp. 336-337.

⁴⁴ Lawrence, *Seven pillars of Wisdom*, p. 238.

ministro de relaciones exteriores del *imām*, un profesor sudanés al parecer muy cínico, aseguraba ante la inercia inglesa (1916) que siempre quedaba el recurso de tratar con los turcos, y mantuvo contactos con Max von Oppenheim, que desde Medina le ofrecía obtener de Estambul un *iradé* con garantías; a partir de la publicación por los *soviets* del llamado tratado Sykes-Picot, que los turcos comunicaron a Feisal, los esfuerzos de acercamiento se multiplicaron: Abbas Hilmi, el jedive depuesto, de educación austríaca, había concluido un tratado con los alemanes; el general Liman von Sanders asegura que en agosto de 1918 Feisal ofreció traicionar a los ingleses y poner su ejército al servicio del 4º Ejército turco, al tiempo que informó que los ingleses preparaban una ofensiva desde la costa; esta maniobra tenía la finalidad de asegurar la garantía turca para la constitución de un Estado árabe; Estambul no creyó en la realidad de estos ofrecimientos, que dejó caer.⁴⁵

Consecuencias de la Revuelta

Hussein y sus hijos no estuvieron a la altura de la empresa que acometieron. Las fuerzas que habían convocado eran demasiado extrañas; a pesar de su experiencia centenaria y sus contactos cortesanos y parlamentarios en Estambul, se hallaron incómodos en el mundo de la política europea; carecían además de la talla de Ibn Saud, rey del desierto que supo captar la admiración de propios y extraños. Faisal debió parte de su fracaso diplomático en Europa a su desconocimiento del inglés y del francés, tal como asegura su amigo George Antonius; su hermano Abdallah, al igual que él, nunca pudo dominar el inglés a pesar de ser un poeta renombrado, y dejó unas *Memorias* de muy pobre elaboración. Los juicios elogiosos sobre el *imām*, provenientes de Lawrence y Antonius, amigos de la dinastía, quizás aciertan al referirse a la calidad humana de sus miembros, pero encontramos también conceptos menos elogiosos sobre el *imām* de parte de quienes vieron la dimensión política de su obra: “difícil y no razonable”, “molestia ruidosa y malcria-

⁴⁵ Brémond, *Le Hedjaz dans la Guerre Mondiale*, pp. 129, 256, 85, 103, 111.

da”, “muñeco dependiente del oro inglés”, “ni Hussein ni Abdallah muestran tener un grano de entendimiento político, estratégico o táctico” aseguraron algunos testigos europeos, y anécdotas ridículas sobre las extrañezas del *imām* empezaron a circular en los medios diplomáticos; del lado islámico, Raxid Rida, que había ofrecido su colaboración a Hussein al comienzo de la guerra, se apartó después y llegó a hablar de él y de sus hijos como “el mayor desastre que haya caído sobre el islam”, corruptos e ineficientes, culpables de haber abierto las puertas a los ingleses y haber engañado a sirios y palestinos.⁴⁶

El juicio de Rida tiene fundamento; durante la guerra, fue inevitable el ingreso masivo de europeos a Arabia: mientras que asesores alemanes penetraban hasta Medina, se veían en Heyaz a franceses e ingleses; estos últimos afirmaron su dominio de varios aspectos de la vida heyazí, controlaban el servicio de navegación y las comunicaciones telegráficas, el puerto y el hospital de Yedda, el servicio de correos, para el que imprimían las estampillas; la moneda inglesa se había impuesto, aunque continuaban la heterogénea circulación habitual; el comercio de esclavos fue por primera vez objeto de cierto control.

Las potencias europeas no pudieron sustituir a los protectores musulmanes tradicionales, defraudaron a los jefes y no impidieron que los invasores del desierto les arrancaran su dominio secular. Esta realidad obliga a reconsiderar las consecuencias de la alianza angloheyazí; después de la guerra, individuos como el antiguo gobernador de Yedda o el viejo Christiaan Snouck Hurgronje llegaron a opinar que sólo se había “comprado sangre árabe con oro inglés”.⁴⁷

En realidad, más que la perfidia inglesa, es de culpar la acción audaz de los jefes, que se apartaron del aislamiento acostumbrado y la habitual ambigüedad ante las potencias, lo que significó su ruina. El *imām* Yahya de Yemen, que logró conservar el aislamiento que aseguraba su autocracia, les recriminó con sapiencia:

⁴⁶ Resume estos juicios Troeller, *The Birth of Saudi Arabia*, p. 147.

⁴⁷ Daniel van der Meulen, *The Wells of Ibn Saud*, Nueva York, Praeger, 1957, p. 82.

los cristianos os mostraron un hermoso árbol cubierto de follaje verde, y en vuestro apresuramiento a refugiarnos bajo su sombra, no habéis visto que el árbol estaba desprovisto de raíces, y no habéis sospechado que su follaje caería al primer ardor del sol.⁴⁸ ❖

*Dirección institucional del autor:
Revista Cuadernos Americanos-UNAM
Torre I de Humanidades, 2º piso,
04510 Ciudad Universitaria*